

os volvió, y no la amásteis? ¿Y sin amor la hicisteis vuestra, y sin ser amada la sin ventura os dió hijos? ¡Ah, rey don Sebastian! ¿Y por qué desde este punto no dejo yo de amaros, al conoceros desagradecido é insensible para esa mujer que os ha dado más de lo que yo puedo daros, y en vez de perder el amor que os tengo, os amo más, y más por vos me empeño?

—Porque el amor baja del cielo, dijo Gabriel de Espinosa, y no amamos porque queremos, sino porque el amor nos roba la voluntad y nos hace sus esclavos; no se ama de agradecido, ni hay beneficio que llevándose más allá del agradecimiento, nos embargue el alma y la entregue enamorada á quien ha sido tan bienhechor nuestro que le debemos á un tiempo la vida, la honra y la fortuna. Yo quise poder más que Dios, trocar mi agradecimiento en amor; soñé, y desperté de mi sueño demasiado tarde: María se habia convertido por mi amor; María habia creído las palabras y las promesas que yo la dí y la hice, fingiéndome enamorado, ó creyéndome tal vez enamorado de agradecido; yo mandé á mi corazón que amase, que yo creia poder mandar en mi corazón; yo quise que mi alma digese por medio de mis ojos amores á aquella desdichada, y hubo un punto en que su gran hermosura me quitó la razón; hubo un punto en que yo, que nunca habia amado, creí amor lo que solo era agradecimiento y deseo. Pero yo no amaba; yo me encontré obligado sin voluntad, empeñado sin placer, cautivo de mi agradecimiento.

Gabriel de Espinosa se detuvo.

Entonces, que protestaba de sus relaciones con Sayda

Mirian delante de doña Ana, amaba con toda la violencia de su alma á Sayda Mirian.

Y ¡cosa horrible! A pesar del amor intenso que por Sayda Mirian sentia, la altiva belleza de doña Ana, esa belleza especial, típica, por decirlo así, de las damas de la casa de Austria, fascinaba, dominaba, envolvía á Gabriel de Espinosa; y la fuerte pureza de doña Ana, la delicadeza voluptuosa de su esbelta y dulce forma, un no sé qué de verdaderamente noble y grande, que de ella fluía, la nitida y trasparente blancura de su tez, el rubio pálido y bellissimo de sus cabellos, la mirada de sus grandes ojos celestes, fija, ansiosa, enamorada, en los ojos de Gabriel, le hacian desearla con un empeño voraz.

Pero al mismo tiempo Gabriel de Espinosa veía entre la mirada celeste de doña Ana y la suya la negra é incontrastable mirada de Sayda Mirian, y mientras hablaba, escuchaba en su oído el terrible acento de la sultana que le decia:—Mientes al afirmar á esa mujer que no me amas; ó estas loco ó eres un villano.

Y Gabriel de Espinosa, no pudiendo resistir á aquella voz severa que resonaba dentro de su conciencia, se apresuró á decir con un doloroso afán:

—Perdonadme, señora, si no prosigo, porque el hablar de esto me martiriza; pero oidme: vuestra boda no debe efectuarse, porque así lo aconsejan dos graves razones; bueno será que pase tiempo, y que vos veáis que nada que temer tenéis de mis cosas; esto por una parte; por la otra, yo no puedo ser vuestro esposo sino cuando sea digno de serlo á la faz del mundo entero y puesto so-

bre mi trono. De otro modo, vuestro casamiento conmigo sería para vos una desgracia y una deshonra.

—¿Cómo puede ser que el teneros por esposo traiga sobre mí la deshonra y la desgracia? dijo con una amante altivez doña Ana.

—Bien se os alcanza, señora, dijo Gabriel de Espinosa, que nos encontramos en un gran peligro, que un contratiempo cualquiera, ó una traición villana puede dar noticia al rey don Felipe de nuestra conspiracion, y si por mi desventura doy en la cárcel, contad con que he dado con la escalera de la horca.

—¡Ah! ¡No digais eso por Dios, señor, porque me hareis morir de espanto! exclamó con toda su alma doña Ana.

—Vos lo sabeis bien; el rey don Felipe, si me coje entre sus manos, me arrojará al verdugo, sin que para salvarme me aprovechen pruebas; sin que me sirva ni aún para la clemencia el ser yo hijo de su hermana; bien lo sabeis, señora; si soy preso, porque Dios ha querido que yo naciese para la desgracia, soy hombre muerto en cuerpo y en alma, sino para con Dios para con los hombres. El rey y sus alcaldes arrojarán sobre mí la mancha que cae sobre los impostores, y vos no conoceis la excesiva altivez portuguesa. Aunque todos los portugueses me hubiesen visto y reconocido, al verme ahorcado, negarian que yo era su rey; y no solo lo negarian, sino que me creerian de buena fé un villano impostor, cerrarian los ojos á su misma razon; porque no hay un portugués que crea ni pueda creer que un rey de Portugal pueda ser ahorcado, ni que un ahorcado haya podido ser rey de Portugal.

—Estais diciendo cosas muy espantosas, señor.

—Digo la verdad: muy pronto algunos de los principales señores portugueses vendrán á Madrigal con el pretesto de pedirnos recomendaciones para el rey vuestro señor tio; vos vereis á esos señores ponerse pálidos cuando me vean los ojos, y caer de rodillas y temblando á mis piés. Pues bien: si me ahorcan oireis decir á esos mismos señores, ú oireis que han dicho, que yo era un impostor, un infame, un brujo que habia hecho pacto con el diablo, y que me habia valido de malas artes para engañarlos; porque ellos, antes que hombres, son portugueses; á Dios mismo no concederian el poder, os lo repito, de ajusticiar á un rey de Portugal. Si ahorcado, impostor; no hay remedio. Que lo diga fray Miguel de los Santos, que está tan callado y tan sério, que sabe quién yo soy, como sabe quién es él mismo, porque es portugués, y por lo tanto, á pesar de haber andado en mis asuntos, en viendo que me ahorcan, se creerá engañado por la mágia negra, negará con los diez dedos de las manos cruzados.

—¡Oh! Si ahorcan á vuestra majestad, señor, no me dejarán á mi para que lo cuente, dijo fray Miguel de los Santos.

—No importa, dijo Gabriel de Espinosa; al mismo pié de la horca y antes de que os echen el dogal al cuello, os acordareis de que sois portugués, y me negareis.

—¡Oh, y qué temores, señor! dijo doña Ana.

—Bueno, buenísimo es ser prudente, dijo fray Miguel de los Santos; pero no es bueno ser tan desconfiado; la

tela está urdida de tal manera que es muy difícil que den con el hilo, y falta poco tiempo para que llegue á feliz término nuestra empresa. Dentro de pocos dias llegarán á Madrigal el duque de Coimbra y algunos otros señores portugueses, que solo vienen á reconocer, para llevar á Portugal la noticia de que os han visto, os han reconocido y os han besado las manos. No tardará mucho tiempo en que durante una noche oscura desembarqueis cerca de Lisboa, os presentéis á los nobles portugueses en la casa del duque de Coimbra, y á una señal dada, se lancen á la calle miles de portugueses armados, á cuyo frente entrareis en batalla. Si triunfais, sereis rey; y si sois vencido, morireis combatiendo como combatisteis en el África, y como allí, caereis con la corona en la cabeza, si esto es posible; porque al eco solo de vuestro nombre, se levantarán hasta las piedras en Portugal, ese valiente reino que os está esperando, señor, desde hace diez y siete años, que no ha creído en vuestra muerte; al veros vivo y á su frente, peleará por vos, con la rabia y lo ferocidad del leon.

—Si, dijo doña Ana; vuestro reino de Portugal lidiará por vos como un solo héroe.

—Y si no lidia por mí, dijo Gabriel de Espinosa, ¡ay de él! porque sin mí vivirá Portugal aherrrojado bajo el yugo de los españoles, que cuando se apoderan de una presa la retienen con una fuerza incontrastable; yo soy el único que puede dar á Portugal su perdida libertad, y si yo no se la doy porque mi mala ventura me lo impida, no se la dará don Antonio, mi buen tío el prior de Ocrato; él, débil, viejo, y los ingleses que le ayudan tienen

mucho miedo á los españoles; así, pues, Portugal y yo no podemos ser libres, sino el uno por el otro; sin Portugal yo soy un hombre muerto, y sin mí Portugal un esclavo.

—Dios protegerá á vuestra majestad, dijo doña Ana de Austria; en cuanto á mí, señor, mi vida y cuanto valgo y cuanto tengo, es de vuestra majestad.

—Pues bien, señora, dijo Gabriel de Espinosa; vos sois mucho para con el rey don Felipe, y es necesario que empiecen vuestros buenos oficios.

—Mandad, señor, dijo doña Ana.

—¿No os parece, fray Miguel, dijo Gabriel de Espinosa, que el alcalde don Rodrigo de Santillana, con quien ya nos hemos encontrado, es un peligro para nuestros intentos?

—Yo no sé por qué ese hombre me espanta, dijo fray Miguel, y sería bueno que la señora doña Ana, que tanto puede en la corte, hiciese de modo que le quitasen de aquí.

—¿Y cómo? dijo doña Ana.

—Quejándoos de él al rey don Felipe, dijo fray Miguel, á lo cual será necesario que tengais un motivo en que fundaros.

—Decidme, porque yo no encuentro bien el pretexto para quejarme, y el rey quiere mucho á este alcalde, y tiene en él una gran confianza.

—El lance de esta mañana nos viene á las mil maravillas, dijo Gabriel de Espinosa; el alcalde está tan bravo, que tiene á medio Madrigal preso, y amenaza con ahorcar á unos cuantos, con echar á galeras á muchos,

y con dar azotes á infinitos. Y en medio de todo, lo que sucedió esta mañana es una cosa inevitable, y si se dió alguna paliza y empeñados en el lance no obedecieron á don Rodrigo de Santillana, bastaria con castigar á algunos de cada uno de los bandos, sin llegar á la horca ni á las galeras, y considerar que todo el pueblo ha sido culpable, y que no puede castigarse á sangre á todo un pueblo.

—Llamaré á don Rodrigo de Santillana, y le pediré que levante mano y suelte á todos los presos, contentándose con una buena reprension y con algunas multas, dijo doña Ana.

—A lo cual se negará redondamente el alcalde, dijo fray Miguel; porque en empezando don Rodrigo un proceso, el proceso ha de seguir adelante, á no ser que el rey le mande que lo rompa; y como el rey no manda romper ninguno, sucederá que don Rodrigo se empeñará en seguir con su tema, y vos, señora, tendreis motivo para quejaros.

—Voy á mandar que llamen al momento á don Rodrigo de Santillana.

—Quitad á todo vuestro poder á ese hombre de enemigo, dijo Gabriel de Espinosa; porque mucho me temo que si permanece aquí, como es por su oficio tan aficionado á averiguarlo todo, descubra algo y coja algun hilo de nuestra trama, y comprometa nuestra empresa.

—Por lo mismo que don Rodrigo es aficionado á averiguarlo todo, y como hace ya muy cerca de dos horas que estamos en el convento, me parece prudente que nos salgamos, no sea que nuestra larga visita llame la

atención del alcalde, que sabe todo lo que sucede en Madrigal, y hasta lo que se piensa en él.

—Decís bien, fray Miguel, dijo doña Ana; y aunque por mi deseo yo me estaria eternamente al lado del señor rey don Sebastian, me parece prudente que no sean largas sus visitas ni muchas, que pronto, si Dios quiere, tendrán fin sus trabajos, y podremos vivir unidos para no separarnos jamás.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se levantaron.

—Puesto que la necesidad me obliga á apartarme de vos, señora, dijo Gabriel, me alejo de vos, pero solo con el cuerpo, porque el alma con vos queda; tratadla bien como á quien tanto os quiere, y pensad alguna vez en mí, segura de que mi pensamiento estará siempre fijo en vos.

—Enviadme el alma con la niña, dijo doña Ana; quiero conocer á vuestra hija, quiero ver si se os parece.

—Os la enviaré, señora, dijo Gabriel de Espinosa, cuyo corazon se comprimó.

—Adios, pues, señor, pensad mucho en mí, y ya que no puedo veros tanto como yo deseo, que fray Miguel de los Santos, que como es nuestro vicario viene todos los dias y á todas horas al convento, y puede veros siempre, me traiga á cada hora nuevas de vos.

Despues de esto, y de algunos cumplimientos más, Gabriel de Espinosa y fray Miguel de los Santos salieron.

Doña Ana de Austria se quedó pensando de una manera ardiente en Gabriel.

Se habia enamorado de él, con toda la fuerza de sus veinte y seis años de abstinencia de amor.

Poco después de la salida de Gabriel, doña Ana llamó, y se la presentaron las dos hermanas.

—María, dijo doña Ana, vé y dí á Cacabelos que vaya á la posada del alcalde don Rodrigo de Santillana, y le diga de orden mia que se me presente al momento.

La jóven salió.

—Tú, Luisa, ven á ponerme los hábitos; con don Rodrigo hay que andar con cuidado; sería capaz de decir al rey que habia visto en mí una dama y no una monja, y esto no agradaría ciertamente al rey mi tío.

Y doña Ana y doña Luisa salieron de la cámara por una pequeña puerta.

CAPITULO VI.

De cómo don Rodrigo de Santillana tuvo varios disgustos seguidos.

I.

Cacabelos era un viejo enjuto, negro, largo, que cuando jóven habia servido y sido alferez en Italia, llevando mucho tiempo y con valor la bandera de la compañía del bravo capitán don Hugo de Moncada.

Invalído en Pavia, en donde á pesar de su delgadez que le hacia un blanco muy difícil, habia recibido cinco mosquetazos, pasó al servicio de la casa del emperador, entre lo que podia llamarse clase media de la servidumbre, esto es, ni tan alto como los gentiles hombres, ni los camareros, ni tan bajo como los mozos de cámara, los palafreneros y demás gente menuda.

Queríale el emperador por ser hombre bravo, afable y listo, y con cuatro palabras familiares que el emperador solia decirle alguna vez al paso, y con alguna palmadita en el hombro con que solia honrarle alguna vez